

**Carbonell y Ruiz, José María**

**Oracion inaugural pronunciada en la apertura del  
año academico de 1876 á 1877, en la Universidad  
literaria de La Habana / por José Maria Carbonell y  
Ruiz.**

Habana : Imprenta del Gobierno y la Capitanía  
General, 1876.

Vol. encuadernado con 16 obras

Signatura: FEV-AV-M-01462 (15)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de  
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de  
lucro siempre y cuando se cite la fuente*



cias ni preferencias entre ninguno de los ramos tan variados del saber humano, como se hacia en las antiguas edades. Se ha comprendido tan bien, tan perfectamente, que todas las ciencias, sin exceptuar ninguna por retardada que aparezca en sus adelantos ó pequeña en sus conquistas, nos llevan al mar insondable de la Divinidad, que á todas se las iguala, á todas se las agasaja é inquiera, se las invoca y aprecia, sin más distincion que la voluntad aislada de cada uno en escojer la que ha de ser objeto de su particular estudio y predileccion. Se ha llegado á penetrar que es tanto su íntimo enlace y tanta la fuerza de su estrecha union, que es notoria la aspiracion cada dia más acentuada á aceptar y reconocer la Ciencia cual una y nada más, dividida y subdividida en multitud de ramos, como necesidad imperiosa para que pueda abarcarla la limitada inteligencia del hombre. Y como en el órden moral, del mismo modo que en el físico, se sucede siempre la reaccion á la accion hasta encontrar el equilibrio y acertar, hemos visto amontonar primero los estudios y exigirlos á la juventud abrumando su entendimiento, aislar luego las ciencias y aspirar á constituir especialidades, y tratar de acercarnos por fin al justo medio segun nos persuadían los mismos conocimientos adquiridos de aquel enlace, invisible primero y tangible despues, entre las ciencias todas, cruzando entre tanto por períodos de amargura y desazon, de júbilo y placer á medida que nos infundia pavor lo que se debía aprender, tan

luego como conquistábamos alguna verdad en el campo extensísimo del saber.

La humanidad ha venido sellando sus conquistas con raudales de lágrimas y viéndolas florecer vivificadas por oleadas de sangre. Cada paso en el camino de la civilización está marcado con la hecatombe de varias generaciones; de la propia manera que cada renovación en la naturaleza física ha sido engendrada por el huracán ó las tremendas sacudidas de sus ignotos cimientos. Hervidero de pasiones en violento choque cruzado por oleadas de celestial esperanza, he ahí el tránsito de la humanidad en su derrotero por el tiempo y en su marcha por la historia.

La primera civilización allá en Oriente se estrella contra la que había de seguirle y le siguió, pereciendo ahogada entre la sangre de las generaciones que en serie dilatada de años quisieron resistirla. La que fué arrogante vencedora, cae á su vez triste vencida tras larga lucha, y así, Sres., una continuada serie de sufrimientos diversos, y que cada edad aspira á que los suyos se entiendan los más crueles, va sucediéndose como los eslabones de no interrumpida cadena, levantando epopeyas gloriosas cada pueblo que el triunfo conseguía, hasta cerrar la toma de Constantinopla con broche ensangrentado los linderos que separan de la edad moderna las otras que pasaron.

La edad moderna abrió anhelante, recibiendo como don de la Omnipotencia la extension de las Américas para ensanche de su espíritu y como nuevo campo en que derramar los tesoros adquiridos. Desahogo para el mundo antiguo, fué aquel descubrimiento providencial en esos momentos de la historia: las nuevas luchas allí, corriendo parejas con las dificultades que aquí producirían sus mismas condiciones de virginidad y novedad, habían de permitir el simultáneo arribo á grado semejante de esplendor. Distintos campos se ofrecían á la actividad del espíritu para llegar al mismo fin: contrariedades de diverso orden equilibraban la marcha para que fuera coetánea y no se adelantase más en uno que en otro continente.

Mas el ardor guerrero de la vieja Europa no podía amortiguarse de momento, y conquistada ya la civilizacion, si no había enemigos que exterminar, quedaban rivales que vencer, y entrando de lleno en la nueva via siguió la sangre manando á torrentes para disputar una superioridad ó una primacía á que todos aspiraban. La barbarie de los tiempos medios pasó; pero algo quedaba de ella todavía, y eran menester esas luchas intestinas en una misma civilizacion para llegar al perfeccionamiento. Siglos de investigacion y de renacimiento, de estudios y de afanes han sido los predecesores del nuestro: entre los escombros y las cenizas amontonados se buscaba el rastro de la civilizacion antigua para continuar la obra comenzada tomándola en su origen; y entre el estruendo de los combates, los ayes de los heridos y el ester-

tor de los moribundos asomaba un sabio ya cerca ya léjos, en uno ú otro bando, y cual nuevo *eureka* bendecido proclamaba algun descubrimiento, que empujaba la ciencia hácia adelante.

Abiertos los ojos de los pueblos á la luz de esa civilizacion que alboreaba, comenzaron á aprender sus derechos y á pedirlos, y repitióse el viejo batallar de allá de Roma en los tiempos que precedieron al imperio. Vencidos y sojuzgados, uncidos bajo tremendo yugo, guardóse á los sabios en oscuros calabozos, ó cayeron rodando las cabezas de los nuevos mártires; pero en medio del crujir de las cadenas fué preparándose lentamente la obra de los siglos, y estalló por fin de la manera más violenta que recuerda la historia al espirar el siglo precedente. Horrendo volcan comprimido en las entrañas de la tierra, que revienta con fragor estrepitoso y sacude en sus cimientos los ejes del planeta y vomita mares de lava destructora que arrasa cuanto encuentra..... así la humanidad, abriendo cráter pavoroso, estalló con violencia irresistible, y encendiendo en pira gigantesca los restos del pasado, se iluminó con luz vivificante, pobló de eternos resplandores lo creado, y en faro de consuelo convertida brilló límpida la misma llama devoradora de lo que no habrá de tornar.

Así entramos en nuestro siglo, siglo de gloria que

recojió su herencia empapada en sangre todavía, y que necesitó para poseerla por completo derramarla otra vez en abundancia. Al estampido del cañon vinieron á la luz nuestros abuelos, y no pasó década en la actual centuria que no marcara terrible colision. Pero notad cuan distintas han sido aquestas guerras de las otras que la historia nos refiere: no son ya unas á otras generaciones sucediéndose en el puesto del combate. Si al comienzo del siglo era una por completo exterminada ó triunfante en la pelea, á medida que el tiempo ha adelantado de la misma generacion batalladora quedaban quienes cantaran sus triunfos ó lamentasen sus *rotas*. Hé aquí un progreso.

El último brioso encuentro de dos naciones poderosas y grandes ha durado breve instante, y advertid en él un hecho singular: un bando ha utilizado monstruosa artillería, no soñada en los delirios de ningun guerrero del pasado: allá en el horizonte, allá bien léjos, ni cañon ni artillero se veían, apénas si se escuchaba un débil estampido, y con precision matemática caían allí donde les era ordenado colosales proyectiles: el otro bando buscó auxilio en la paloma, sencillo emblema del amor y de la inocencia. He aquí que los extremos se tocan; y cuando este hecho se registra unido á aquel progreso, bendigamos á la Providencia que nos permite vislumbrar la nueva era de paz que se aproxima y escuchar, aunque vagos é indecisos, los preludios del himno à la fraternidad universal.

No ha mucho que otros dos pueblos de un mismo origen, los dos grandes, se miraron con encono y se

aprestaron al combate; mas vueltos á la reflexion dejaron sus armas destructoras y pusieron su contienda en manos de los hombres de la ley, que en Tribunal el más solemne y más grandioso que vieron las edades, reunidos en tierra neutral, pronunciaron su fallo y su fallo se cumplió. He aquí el imperio del derecho, y cuando un siglo ha escuchado respetuoso los preceptos del derecho puro y ha doblado ante él su indómita cerviz, ese siglo, Sres., tiene que ser grande, ha de entrar en la eternidad ceñida la frente de brillantes y augustos resplandores.

Arrancaron á pedazos los bárbaros el imperial manto y la imperial diadema á la ciudad Señora del mundo, y de cada uno de sus girones brotaron las nuevas nacionalidades: en ellas imprimieron su espíritu aventurero las hordas invasoras y aquellas guerras ántes apuntadas terminaron por conquistas cuando á ello no se dirigían exclusivamente. Las orillas de arroyuelo desconocido, que cual cinta de plata discurría en silencio fertilizando la pradera: las márgenes de algun rio que daba vida á la comarca; la cresta de los montes, sirvieron despues de pretexto para la pelea en busca de los llamados límites naturales de cada agrupacion, como si á la humanidad no se hubiera dado la tierra sin bandos ni parcialidades para que creciera en paz y se multiplicara con amor. Pero levántanse en nuestro siglo dos diques contra esa avalancha adversaria de los designios providenciales prescritos en la creacion y ratificados en el Calvario. El uno elemental, insuficiente, rudimen-



tario todavía, mero precursor y nada más, lo que se llamó el equilibrio europeo: el otro, Sres., grandioso, sublime, verdadero primer paso hácia la unidad del género humano. Refiérome al principio de las nacionalidades, que acaba de surgir rutilante y espléndido, brillante y reposado como la luz de la electricidad, que con la serena y dulce intensidad de esta ha iluminado de un golpe los cerebros todos, poniéndolos en movimiento con febril actividad.

No más guerras! no más sangre! un pueblo á otro pueblo no ha de dirigirse ya preñado de ira y derramando odio en son de conquista y á pedirle vasallaje: buscando su origen, buscando sus creencias, estudiando su lenguaje, al encontrarlo todo comun, siquiera parecido, batiendo palmas con júbilo sincero y gritando !hermanos; desde el fondo de su alma, entregaránse los corazones para fundirse, tenderánse las manos para acercarse y unirse. Ved, pues, el amor como móvil de esos pasos en aisladas agrupaciones y de aquí á la reunion de las otras que resulten por idénticos conceptos queda poco, Sres., queda ménos en la esfera del desenvolvimiento de la humanidad que lo que en el órden material separa la crisálida de la dorada y multicólora mariposa, la enhiesta y encendida flor del sazonado fruto. Loor á ese principio, arpegios divinos para las cítaras de oro con que han de acompañarse los cantos de la humanidad ensalzando la mañana de su fraternal enlace! Coro de ángeles, música del cielo, para depositar en el panteon de la historia al siglo que lo engendró en sus entrañas cual signo de progreso, que ha co-

menzado á darle cima con fé en su mision, con conciencia de su fuerza!

Las ciencias exactas uniéndose á las físicas, las físicas con las naturales en su vastísima exteusion formando armónico consorcio, han contribuido al acrecentamiento de los dominios del saber de una manera portentosa. Maravilla, Sres., pasma en ocasiones analizar lo que ha alcanzado la humana inteligencia en sus múltiples investigaciones. Encontrados, como ya lo dijimos, los trabajos primitivos confundidos en el crisol de una observacion constante y activa, han ido despues separándose gradualmente, emancipándose como el hijo de familia, y aparecieron ciencias nuevas jamás sospechadas, mejor dicho, hánse descubierto ramas del árbol de la ciencia ántes escondidas y de una robustez y savia que han llenado de asombro á sus mismos inventores. Abierto ancho campo á la actividad colectiva é incesante, aprovechado el tiempo, se han utilizado los legados de la edad pasada, y nuevos horizontes ilimitados, incomensurables, se extienden ante las miradas atónitas de la criatura.

Su propia organizacion, su manera de ser, la escala animal de que es el rey, el fondo de los volcanes y el centro de la tierra, la atmósfera que nos rodea y la que rodea á los demás astros, los bólidos con los

huracanes y los otros meteoros, las plantas que viven y las piedras siempre muertas, la mecánica de los cielos, la correlacion de las fuerzas físicas en el universo, los astros que vemos y los que nos ponen á la vista poderosos telescopios ideados al presente, la pluralidad de los mundos y las leyes que los rigen, todo ha sido objeto de exámen y de comparacion, de estudio y de inquisicion, despues que enfrenando el vapor recorreremos en minutos por la tierra ó por el agua distancias inauditas y haciendo nuestro esclavo al rayo aprovechamos su vertiginosa velocidad para que ponga en relacion nuestros espíritus y lleve á do le manden nuestra palabra y nuestra idea. Enfrenar el vapor y dominar el rayo ha parecido poco, y comienza ya á fijarse derrotero preciso á los vientos y á los huracanes y á buscarse los signos que anuncien las grandes calamidades y epidemias para atajarlãs á su paso.

La Química, recibida en estado rudimentario, se levanta matrona soberana y rompiendo cada dia un velo á la naturaleza nos muestra sus arcanos en el fondo de sus crisoles y le arranca sus secretos en nuestro provecho: la *Mineralogía*, en pañales recojida, articula sus reglas y preceptos, y agregándose á las demás ciencias proclama que nada en lo creado vive en aislamiento y soledad. ¿Visteis, Sres., aquel globo con que ensayó el hombre subir á las alturas, débil é imperfecto? Pues mirad el que se lanza ahora, fuerte y obediente, y corre en los espacios hasta esconderse en la inmensidad: en él va él hombre de nuestro

*Meteorología*

siglo á emprender nuevos estudios, arrostrando sereno y sin contarlos mil peligros por amor á la ciencia hasta sudar, como diría el vulgo del pasado, su propia sangre, sangre, Sres., en esas pacíficas empresas, como si por ley fatal debiera preceder su derrame á todo adelantamiento.

Mirad allá hacia el polo: sudario de perpétuo hielo guarda los restos venerandos de quien allí buscó sepulcro honroso, sacrificado en aras de su amor por la investigacion y los descubrimientos. En cálida mortaja nos disputan las entrañas del Africa abrasada á quien fué á ella buscando nuevos campos á la civilizacion, á interrogar al Nilo por sus orígenes, á empujar á la ciencia. Paz y bendicion para sus restos! mas mirad por todas partes el mismo incesante anhelo, ese movimiento continuo, fructífero siempre, generador de progreso: no se puede invocar hoy el nombre de uno solo, no viene ya quien levante una maravilla y llene un siglo, no se presenta un adelanto que humille á los demás para que el nombre de su inventor se alce sobre ellos cual señor. Siglo de Pericles, siglo de Alejandro, siglo de César.....para esas edades siempre un nombre por cualquier concepto merecido: para nuestro siglo no le hay prestado por ninguno de sus hijos, por que él es el siglo de la ciencia y de la humanidad, del derecho y la justicia.

Y á medida que se ha ido avanzando, á medida que más se ha hallado el enlace entre las ciencias todas, su unidad en medio de su variedad, se percibe mejor el armónico concierto, la infinita sabiduría que

ha presidido á la creacion, y abiertos los oídos de la inteligencia se ha escuchado claro, argentino, el himno que entona el universo unísono y sonoro cantando ¡Dios! con épica sencillez, y cayendo de rodillas la humanidad ha clamado tambien desde el fondo de su alma: ¡Hossanna, bendito sea el Señor en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Pereció el panteísmo, caído casi está apenas comenzado á levantarse el materialismo moderno, hijo de la ofuscación que en los primeros momentos produjeron aquella armonía y aquel enlace en el Universo. Pero notad, Sres., que los adelantos primeros, que los primeros descubrimientos han venido á evidenciar gran número de las verdades fundamentales sentadas por los sabios primitivos; y si no, preguntad á nuestro Cláustro de Medicina cuantas verdades enseña á sus alumnos tal como las proclamó el sabio de Cos. Uno de los progenitores de la ciencia moderna, aproximándose á la famosa sentencia *solo sé que no sé nada*, comenzó la reconstrucción del edificio de sus conocimientos; y cuando se advierte que aquellos sabios venerandos procedieron sin los instrumentos del día, sin las facilidades actuales, qué genio, Sres., hay que concederles! cómo debemos admirar la intuición poderosísima de sus cerebros privilegiados, que les permitió llegar con nosotros casi al mismo fin! Y de aquí sin esfuerzo alguno se desprende que la observación y la experimentación son la base primordial y constante del estudio de la Ciencia; mas cuidado de no separar de ellas el criterio de la razón, que ha de ilu-

minar la esfera tan anchurosa de su órbita. La célula y el microscopio, por ejemplo, son mucho para las ciencias naturales, pero no son el todo, ni pueden vivir ni producir adelanto en exclusiva soledad: la mensura de un glóbulo, el desarrollo de una celdilla, son hechos que en sí poco significan; pero que sometidos al criterio de la razón y por ella aclarados se convierten en manantial inagotable de adelanto. Observar bien el todo sin perder de vista su relación con las partes y la parte sin olvidarnos del todo, experimentar mejor, guiados por la razón, he aquí la base de nuestro progreso, lo que constituye un nuevo adelantamiento por sí, de que con justicia hace alarde nuestro siglo.

La Filosofía, en su estricta y legítima acepción, no ha quedado por cierto más atrasada en esa marcha constante hacia la perfección. ¿Cómo había de suceder así, si ella fué la madre de todas las ciencias, la que las amamantó en su seno, la que les dió su método y no las dejó de la mano hasta constituirles principios especiales con que ganaran ser y vida propia? Escuelas y más escuelas, discípulos emancipados de sus maestros que las fundaban ó constituían sectas, ratiocinios seductores por su fuerza real unas veces y otras aparente, teorías las más atrevidas ó en ocasiones las más menguadas, estudio siempre y

observacion y raciocinio, he aquí, Sres., el camino andado, camino erizado de dificultades para la inteligencia; pero sin lágrimas ni dolores para quienes le emprendieron, de lucha y de controversia; pero lucha como las del entendimiento, engendradoras de gloria para los que las empeñan, de provechoso jugo para quienes las siguen, de alivio y de consuelo en sus fines para la humanidad.

La ciencia que en sus investigaciones va del hombre á Dios, que derrama bálsamo consolador sobre todos los dolores sociales, que tiene por sólido cimiento la moral y vela por su conservacion eterna, no merecía quedar estacionaria. Siguen en pié cuestiones importantes, dura todavía la controversia; porque no hemos obtenido aun el fin ambicionado. *Nosce te ipsum*, dijo el sábio en la antigüedad, y conocernos á nosotros mismos sigue siendo una de las bases de la Filosofía, la clave y el enigma de donde ha de partir en sus investigaciones; y si el hombre no es completo ni con mucho, ¿cómo extrañar que sus lucubraciones no se resientan de aquellos defectos, del sello que cada uno haya impreso en sus propias imperfecciones, hijas de las miles de variadas circunstancias que concurren á constituir las? A medida que la civilizaci3n vaya extendiéndose irán desapareciendo aquellas divergencias y estrechándose los círculos en la Filosofía. Pero en cuantos puntos están conformes los filósofos de nuestro siglo, y cuanta hermosura en esa concordancia! Los derechos del hombre reconocidos y respetados, la conciencia convertida

en un santuario, el pensamiento libre como la luz, he ahí, entre otras, las conquistas de la moderna Filosofía: cualquiera de ellas bastante por sí sola para inflamar la humanidad en santa gratitud y servirle de faro rutilante en su peregrinacion por lo futuro.

La Literatura tambien ha ensanchado su esfera de una manera portentosa. No basta ya conocer las obras de la antigüedad y las producciones de sus genios, sino que cada pueblo estudia las de los otros pueblos en sus distintos períodos, siguiendo el ansia de armonizarlo todo, para contribuir así á la union de las inteligencias y de las almas. La ciencia que se consagra á estudiar lo bueno, lo bello y lo verdadero en todas sus manifestaciones no ha podido ménos de tomar un desenvolvimiento prodijioso, halagado el espíritu en su marcha con la misma materia ú objeto de sus investigaciones, contribuyendo no poco esa continuada y perpétua contemplacion de lo bello al aumento de la cultura, al refinamiento de las costumbres, á la marcha del progreso. Rechazar lo deforme, lo contrario á las leyes de la humana condicion y absorberse en lo que á esta solo se ajusta, es encaminarse á la Divinidad directamente, por la via más risueña y deliciosa, por senderos de luz poblados de armonías.



Por boca del poeta exhalan los pueblos sus cánticos de gloria, sus tristes elegías, que suben á los cielos con dúlcida cadencia, ora rebosando de plácido contento, ora envueltas en lágrimas amargas que arrastran los corazones en demanda de consuelo. No se solicitan ya los beneficios de un Mecénas á trueque de cantares, no corre el trovador el arpa á cuestras mendigando sonrisas ni sustento: se canta á la humanidad, que paga con la gloria y premia con laurel inmarcesible. Gallégos y Quintana, Luáces y Milanés, Byron y Lamartine, y tantos otros, decid ¿porqué cantásteis? La humanidad fué vuestro norte y ella no os olvida: en cada corazon erige altares para guardar vuestros cantos y cúbrelos de flores mantenidas al calor de la gratitud y al riego del amor.

Y ved, señores: el poeta, para comprender la humanidad en sus fines y tendencias y poderla cantar y dirigir, necesita volar, ascender en alas de su genio y alejarse de la esfera de su propia existencia: el filósofo ha de reconcentrarse en sí mismo para explicarse la humana condicion, y encaminarla á su vez: expansion en el uno, abstraccion en otro. ¡Qué medios tan opuestos para llegar al mismo fin! ¡Qué enlace y qué concierto donde la contradiccion parece más marcada! Así el filósofo y el poeta, el uno desde las alturas de la gloria, el otro desde el fondo de su conciencia, se completan y se auxilian y corren á encontrarse en el mismo punto, irradiando por su tránsito torrentes de luz vivificante, vertiendo á raudales insólita armonía.

Morigeradas las costumbres, dulcificada la vida, nuevas necesidades han surgido para la propia comodidad, para llenar las exigencias delicadas del buen gusto, y la industria ha corrido presurosa anticipándose á los deseos, adivinando los variados caprichos de la fantasía. Pero la industria, Sres., descansa en la ciencia que, sirviéndole de palanca poderosísima, le ha dado ese impulso que á todos nos admira. Las Exposiciones de la industria, esos magníficos certámenes en que se comprueba su adelanto, demuestran con la frecuencia de su celebracion la rapidez en el progreso. El afan de las naciones por convocarlas, el mayor número de productos que cada vez se comprenden en sus exhibiciones, sirven al observador juicioso para marcar la senda de los adelantamientos humanos: cada una señala un progreso, sirve de punto de comparacion y de partida para estudios é investigaciones consoladoras y fructíferas.

Disponiendo del vapor que suprime las distancias en servicio de la industria, dominados los mares y rodeadas de atractivos las más largas travesías, á todos es permitido concurrir á esas citas pacíficas de la humanidad; pero, ¿será bastante la intensa admiracion que tantas maravillas nos produzcan para entregar el cetro del universo á la materia y rendirle adoracion? Ah, no! La industria se mueve obedien-

te á la ciencia, que la tiene subyugada por completo: sin esta, aquella viviera estacionaria; y, Sres., la Ciencia de nuestro siglo no debe, no puede satisfacer las necesidades de sus hijos al igual de las del hombre de la edad de piedra, de las del cazador errante, ó del batallador envuelto en hierro. Con más ciencia, más cultas necesidades, mayor refinamiento y más industria, desenvolviéndose en correlacion perfecta, constante y simultánea, dentro de círculos que van ampliando sus órbitas en busca del fin universal.

Llego, Sres., á la ciencia del Derecho, la que es objeto de mis predilectos estudios, y no temais por ello que os fatigue extendiéndome más en su encomio y alabanza. ¿Quién ha de negar su adelanto y su mejoramiento, á quien se esconde que él es la vida, como dijo el sabio? No hay necesidad de esfuerzo alguno para comprobarlo: lo sentis vosotros todos que me oís, aun los mismos que no le cultivais: lo experimentais en el fondo de vuestras almas, ahí, en donde os hallais reposados y tranquilos, felices y consagrados á las tareas de vuestra inclinacion; al dirigir los ojos á vuestro alrededor para ver orden y paz, al respirar en la atmósfera ventura y contento, porque el Derecho existe, porque el Derecho impera y nada más. *Salve, Imperator, morituri te salutant!* se

decía en el Circo: ¡Salve, Derecho, los que viven por tí te glorifican! clamaremos en nuestras aulas!

Permitidme sólo tocar un ramo de esa ciencia en que su progreso es más grande: el derecho penal. Nacido en el mundo casi con el hombre, es el primero en el orden de los derechos y ha venido siguiendo la suerte de la criatura en su peregrinacion por la tierra. Yo no lo calificaré, no, de atrasado hasta el presente, sino cuando hable de él con relacion á nuestro actual estado: yo lo veo en la historia guardando siempre lógica relacion, siguiendo en perfecto consorcio á la civilizacion de cada edad, más lógico, más concertado con ella que los otros ramos del saber, que aparecen el uno ó el otro, ya este ya aquel, mejor cultivado, adelantadísimo para tal época determinada: el derecho civil, por ejemplo.

En este siglo se comenzó á comprender la verdadera índole y esencia del derecho penal, y códigos han brotado unos tras otros que la humanidad acojía y acoge con aplauso y bendiciones: nosotros presentamos el de 1850, reformado en 1870, y con legítima satisfaccion hemos escuchado proclamar á propios y extraños que su libro primero es un modelo de codificacion á la vez que de doctrina. Y esa obra se profundiza más y más, se estudia y se perfecciona aun con creciente rapidez. La nocion del delito se presenta clara y definida, la teoría de la pena se desenvuelve á los destellos de luz intensa y bienhechora: el criminal no es el ilota degradado, sino conserva su condicion de hombre por completo: no más odio,

porque el odio no ha sido nunca inspirador de justicia: un rey joven é ilustrado, esperanza de la nacion grande y civilizadora cuyos destinos rige, Alfonso XII, el Pacificador sin venganzas, restaña con generosidad la sangre de las heridas que se infirieron hermanos, baja de su trono, y con aplauso universal pone la primera piedra del edificio destinado á encerrar para la enmienda á la juventud descarriada.

Escuchad, ¿no lo ois? Esa armonía insólita que se levanta sonora y á nosotros llega, que nos seduce y embriaga y á los cielos sube, es coro de bendiciones, eco de los acordes más dulces de un himno de gratitud. La humanidad que despierta, bendice agradecida y canta satisfecha, porque la ciencia del derecho penal, al dar esos pasos de progreso, derrama sobre ella en cascadas de luz raudales de redencion.

Y vosotros, discípulos queridos, regocijo de vuestros hogares y esperanza de la Universidad, seguid como hasta el presente siendo modelos de aplicacion y de irrepreensible conducta. Vuestro claro talento os permite recojer el fruto de las lecciones que recibís, y muchos de los predecesores que habeis tenido en esas bancas os han dejado nobles ejemplos que imitar, ya subiéndolo hasta la Cátedra, ora brillando en el Foro, en la Magistratura, en el augusto ejercicio de las Cien-

cias Médicas y del Magisterio. Buscad en lo pasado: un hijo de esta Universidad, el Dr. D. Márcos Sanchez Rubio, aplicó ha larga fecha el térmómetro como medio de diagnóstico y pronóstico, poderoso recurso que las grandes escuelas Médicas del día aceptan con gran boga y entusiasmo: otro hijo y maestro de esta Universidad, el sabio y respetable Decano de la Facultad de Medicina y Catedrático de Terapéutica, Dr. D. Angel J. Cowley, funda entre nosotros la enseñanza toxicológica, y cuando todavía era desconocida en este suelo la importancia de la experimentacion razonada como uno de los elementos más eficaces para el adelantamiento de la ciencia de las indicaciones, recurría á ella ante sus discípulos y explicaba con el auxilio de ese método sus inolvidables lecciones: Varela, Ruiz, Aenlle, Escovedo, Govántes, Cintra y tantos otros que enseñaron y ejercieron, nos iluminan todavía con los vivos resplandores de su gloria, ganada con la ciencia y la virtud.

Aspirad como ellos, y os elevaréis tambien! Aspirad, que el progreso de nuestro siglo os ofrece ancha base en que apoyaros! Redoblad vuestros esfuerzos y aplicacion; porque es muy grande la misión que os está encomendada!

Juventud, juventud! yo te contemplo risueña y feliz en esa edad en que la vida es bella, en que corres gozosa de un ensueño en otro ensueño, matizados todos de flores y esperanza, y no puedo reprimir un sentimiento de pena que se alza allá en el fondo de mi alma. La que vino ántes que tú y va pasando, la que

á su vez ántes pasó, ocuparon sus puestos con iguales ilusiones y contento para sufrir despues, si se quiere, desencanto, para llorar quizas; pero obedeciendo simplemente á la ley eterna que rige á la humanidad en su desenvolvimiento.

Mas cuán distinta es tu hora, y qué grave responsabilidad pesa sobre tí! Tú encierras en tu seno los hombres de mañana, los encargados de trasmitir al siglo XX la obra de tantas generaciones, el maravilloso progreso de este en que has nacido: darás tu fruto en ese otro siglo, que no es el tuyo, para ser responsable del juicio que sobre nuestros adelantos se forme.

Yo sé que tu talento te hace digna de la empresa; pero penéstrate de lo tremendo de tu mision para que puedas llenarla por completo: redobla tus esfuerzos, aumenta tu aplicacion, y cuando no exista la Universidad del siglo XIX, sé tú en el venidero estela refulgente de su nave.





ORACION INAUCURAL.

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1958

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1958

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1958

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1958

# ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO

DE 1876 Á 1877, EN LA

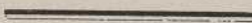
# UNIVERSIDAD LITERARIA

DE LA HABANA,

POR EL

Doctor Don José María Carbonell y Ruiz,

CATEDRÁTICO DE TEORIA DE LOS PROCEDIMIENTOS  
JUDICIALES DE ESPAÑA Y DE PRÁCTICA FORENSE.



**HABANA.**

IMPRENTA DEL GOBIERNO Y CAPITANIA GENERAL POR S. M.

**1876.**

LIBRARY OF THE

SPANISH AMERICAN LIBRARY

LIBRARY OF THE

SPANISH AMERICAN LIBRARY

HABANA

EXCMO. SR. GOBERNADOR GENERAL.

ILLMO. SR. RECTOR É ILTRE. CLAUSTRO

Señores:

Cuando se me comunicó haber sido elegido para pronunciar la oracion inaugural del año académico de 1876 á 77 fué de inmenso júbilo la sensacion que experimentó mi alma. Llevar la voz en nombre del Claustro de una de las primeras Universidades de América, cuyo adelanto científico no es desconocido en la culta Europa; dirigir la palabra á uno de los concursos más ilustrados, es insigne honor, distincion inestimable que debe llenar de regocijo puro á quien la recibe, bastante á satisfacer la ambicion más exigente.

Però á medida que el momento de cumplir la obligacion se acercaba, mi temor y confusion han ido aumentando gradualmente. He visto mi pequeñez, he comprendido mi insuficiencia y me estremece la magnitud de la empresa. ¿Qué podrá decir el último de los discípulos elevando su acento audaz ante sus maestros, ante esos maestros sábios, venerables, encanecidos en el estudio y la enseñanza, ante sus com-

pañeros de ayer, distinguidos en todo tiempo por su saber indisputable de que han dado tantas pruebas, ante un auditorio constituido por lo más selecto de esta capital en los variados ramos de la inteligencia?

Dispensad, Sres. todos, á quien hace frente por deber á tan angustiosa situacion: prodigad benevolencia á quien es el primero, y será el único, que en este sitio la necesita, al primero tambien que con sinceridad y no por modestia la pide; y cuando oigais de sus labios principios exactos, si á vuestra vista logra desenvolver y presentar en su hermosa y resplandeciente desnudez alguna de las verdades científicas, haceos cargo pura y simplemente de que escuchais el eco de cuanto enseñan esos insignes profesores de esta Universidad y rendidles conmigo el tributo de admiracion á que les hacen acreedores su saber, su experiencia y sus virtudes.

Señores: solemne es el momento: solemne es este instante en que nos congrega el llamamiento de la Ciencia para reanudar las tareas interrumpidas brevemente, para enlazar con lauros y coronas discernidos al talento la enseñanza distribuida ayer con la enseñanza que hemos de repartir mañana, presidiendo á todo la primera autoridad de la Isla, solícita siempre por cuanto á la pública instruccion toca, y que

con su presencia en este sacrosanto recinto viene á demostrar la importancia y trascendencia de esta ceremonia.

Hemos venido al mundo en época de suyo especialísima, llamada á formarla notable sin disputa en los fastos de la humanidad. Aturdidos un instante por clamores estentóreos que pregonaban los progresos de nuestro siglo, hemos echado una mirada de asombro á nuestro alrededor, y comparando con los cuadros de la antigüedad el cuadro que á nuestra vista se desplegaba, heridos por su magnificencia, sorprendidos por su esplendor, no ha sido bastante que gritáramos con toda la fuerza de nuestra vida y el entusiasmo entero de la propia satisfacción: *el mundo progresa!* sino que arrebatados en alas del entusiasmo, unidos al concierto general, hemos empuñado las trompetas de la fama y proclamado ese progreso colocándolo por encima de todas las generaciones pasadas; y mirando con lástima y piedad á los hombres que nos precedieron en el orden de la existencia, cantamos nuestros loores del uno al otro polo, del oriente al ocaso, sin tregua ni descanso.

Un momento de reposo, Sres., y examinemos ese progreso, veamos sus condiciones y su alcance, que ninguna otra ocasion ha de mostrarse tan propicia cual la presente, que abre los días en que las generaciones que se van se consagran á depositarlo sin limitacion ni restricciones en las generaciones que vienen y nos empujan y nos acosan para que acabemos de confiarles tan portentoso tesoro. Veinte y cuatro años

escasos quedan al siglo XIX en la serie de los tiempos, ¿y veinte y cuatro años, qué son en la vida de la humanidad sino algo ménos que el grano de arena para la extension del Sahara, que la gota de agua para la inmensidad del Océano?

Siglo XIX! yo te emplazo para ante este Tribunal augusto presidido por sabios y en que son jurados tus hombres de más saber: se acerca tu hora, tu momento de perecer y confundirte en la eternidad: adelántate á examinar tu conciencia, y á preparar tus legados al siglo que te ha de suceder! Silencio á tus trompetas, tregua á tus cantares y loores, y no temas, que el verdugo está proscrito, y, sean cuales fueren tus merecimientos, tu muerte será sueño apacible, tu desaparecer tranquilo, como el de la flor cuando ha producido su fruto, como todo lo que se cumple obedeciendo á la ley eterna del Creador!

¿Y por donde empezar? ¿A qué ciencia dar la preferencia en este exámen tan atrevido, que, sin embargo de su extension y de su importancia, solo puedo hacer á grandes rasgos para obtener la benevolencia que tengo solicitada? Carácter distintivo de este siglo es llevarnos á esa perplejidad y vacilacion, lo que constituye notorio signo de progreso; por cuanto no es posible ya, ni permitido, establecer diferen-